

OCHO DÍAS DESPUÉS LLEGO JESÚS- Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 20,19-31

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, llegó Jesús y, puesto en medio, les dijo: -- ¡Paz a vosotros! Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: -- ¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló y les dijo: -- Recibid el Espíritu Santo.

A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos. Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús se presentó. Le dijeron, pues, los otros discípulos: -- ¡Hemos visto al Señor! Él les dijo: -- Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, se puso en medio y les dijo: -- ¡Paz a vosotros! Luego dijo a Tomás: -- Pon aquí tu dedo y mira mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Entonces Tomás respondió y le dijo: -- ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: -- Porque me has visto, Tomás, créiste; bienaventurados los que no vieron y creyeron. ³⁰ Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

La experiencia que los primeros discípulos han tenido de la resurrección de Jesús, es fundamental para comprender como han sabido después lanzarse a la misión. Han sabido ser los anunciadores y testigos de la buena noticia, de una vida capaz de superar a la muerte.

El evangelista Juan, en este primer domingo de Pascua, presenta un texto muy rico desde el punto de vista teológico, denso en su significado. Un texto que el autor divide en dos cuadros para hacernos comprender como hoy es fundamental, en la comunidad de creyentes, esta

misión de ser anunciadores de una victoria de la vida sobre la muerte. Para esto hay que superar los miedos y tener clara las ideas: la muerte no puede sofocar la vida, y esta no es nunca punto final de una vida que ha sabido darse y entregarse por amor a los demás.

En el primer cuadro el evangelista presenta una comunidad que vive en el mayor de los desconciertos. Dice el evangelista: "Ya anochecido, aquel día primero de la semana, estando atrancadas las puertas del sitio donde estaban los discípulos por miedo a los dirigentes judíos, llegó Jesús haciéndose presente en el centro, y les dijo: Paz con vosotros". La situación de esta comunidad es de personas que viven encerradas y quitadas de la circulación porque tienen el miedo de acabar como Jesús, ser encontrados por las autoridades religiosas y condenados a muerte. Por esto, el evangelista empieza hablando "Ya anochecido en el primer día de la semana" Es el día de la luz que triunfa sobre la tiniebla. La noche alude a la noche de Pascua en la que los Israelíes fueron liberados de la esclavitud en Egipto. Ahora no se trata de salir de una tierra de esclavitud. La liberación que Jesús va a realizar, implica que el discípulo salga de su miedo y no quede encerrado en el terror que le impide actuar y ser testigo de la buena noticia. Por esto Jesús se hace presente en el centro de la comunidad, deseándoles la paz, saludo que significa comunicar vida abundante deseando la mayor abundancia de vida para los discípulos.

Jesús no sólo anuncia la paz como primeras palabras como resucitado, sino que también ha mostrado las manos y el costado, siendo esto causa de gran alegría para los discípulos. La paz que el señor desea a los suyos está acompañada de este gesto en donde se muestra las señales del amor manifestado hasta el límite. Un amor que ha dejado cicatrices en las manos y costado que la muerte no puede borrar. Esto es lo que Jesús quiere hacer comprender a los suyos: quien es capaz de entregar su vida por amor no podrá nunca ser anulado por la muerte y no tendrá que tener miedo a la muerte porque no se puede borrar lo que por amor se ha hecho por el bien de los demás. Los discípulos sienten la alegría y salen de su miedo. Esta es la liberación que Jesús realiza.

Jesús por segunda vez desea la paz añadiendo que esta alegría tiene que servir para lanzarse a la misión. Dice Jesús: "Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envío yo también a vosotros. Y dicho esto sopló y les dijo: Recibid espíritu Santo. A quienes dejéis libres de los pecados, quedarán libres de ellos; a quienes se los imputéis les quedarán imputados".

Jesús quiere que la alegría que sienten sus discípulos cuando han comprendido que la muerte no puede de ninguna de las maneras acabar con la vida que ha sabido crecer en el amor, les lleve a la misión y puedan ser testigos anunciando la buena noticia para que ellos puedan enseñar sus manos y costados con esas señales de un amor generoso. Por eso Jesús ha comunicado el espíritu, esto es, su misma capacidad de amar, viniendo creado el hombre nuevo ahora en la noche de la resurrección para que los discípulos puedan ser como Jesús, abiertos a ese amor sin ningún tipo de temor y capaces de dar lo más grande de sí mismos por el bien de los demás.

Esta es la misión de la comunidad que propone un proyecto para que el ser humano pueda crecer en vida y pueda alcanzar su madurez. Por esto, Jesús habla de libertad "a quienes dejéis

libres". Quienes se acercan a Jesús y reconocen en sus palabras el proyecto que dar vida plena, alcanzan la madurez humana, quedan libres de un pasado de injusticia o cualquier comportamiento equivocado que hayan tenido. En cambio quienes no aceptan esta propuesta quedando encerrados en las tinieblas para hacer el mal, quedan esclavos de sus pecados.

Este es el primer cuadro, en donde la comunidad tiene que perder el miedo a la persecución para ser testigos y anunciadores de la buena noticia.

El segundo cuadro tiene como protagonista a Tomás, el llamado "Mellizo". Este discípulo no estaba encerrado en la casa. Quizás no tenía el miedo a la muerte, pero pensaría que la muerte era el final de la vida sin que hubiera posibilidad alguna de esperanza.

Jesús quiere que este discípulo supere la idea falsa de la muerte como final de todo. Por eso "ocho días después" cuando la comunidad se reúne de nuevo para celebrar la vida, Jesús se manifiesta en medio de ellos, pidiéndole a Tomás que crea que la vida que está sostenida por el amor no acaba en la muerte. No hay poder capaz de sofocar esta calidad de vida. Por esto, cuando Tomás ha escuchado la voz de Jesús, su palabra, no meterá sus dedos en las llagas ni en el costado pues ha comprendido que esas señales del amor son indelebles y no se pueden borrar. Son la expresión máxima de una vida que triunfa cuando el amor ha sabido enriquecer cada gesto que se ha hecho con esa persona.

Jesús añade algo muy importante: la dicha no consiste en poder ver todo esto, participar en la experiencia que han tenido los primeros discípulos, si no que la dicha verdadera es poder creer en el anuncio sin necesidad de ver ninguna señal. Las personas que sienten dentro de sí mismas el amor a la vida y son capaces de dar por amor vida a los demás, estas personas experimentan la presencia de Jesús resucitado, y los llama dichosos porque de esta experiencia de vida nacerán expresiones nuevas para hacer crecer el reino y la vida que tiene que llegar a toda criatura sobre la tierra.

Este es el anuncio de la resurrección: lanzarse y abrirse a la misión sin tener miedo al daño que te puedan hacer y también con la convicción profunda que la muerte no puede acabar la vida cuando la vida ha sido fecundada por el amor que se dona de manera generosa y gratuita.